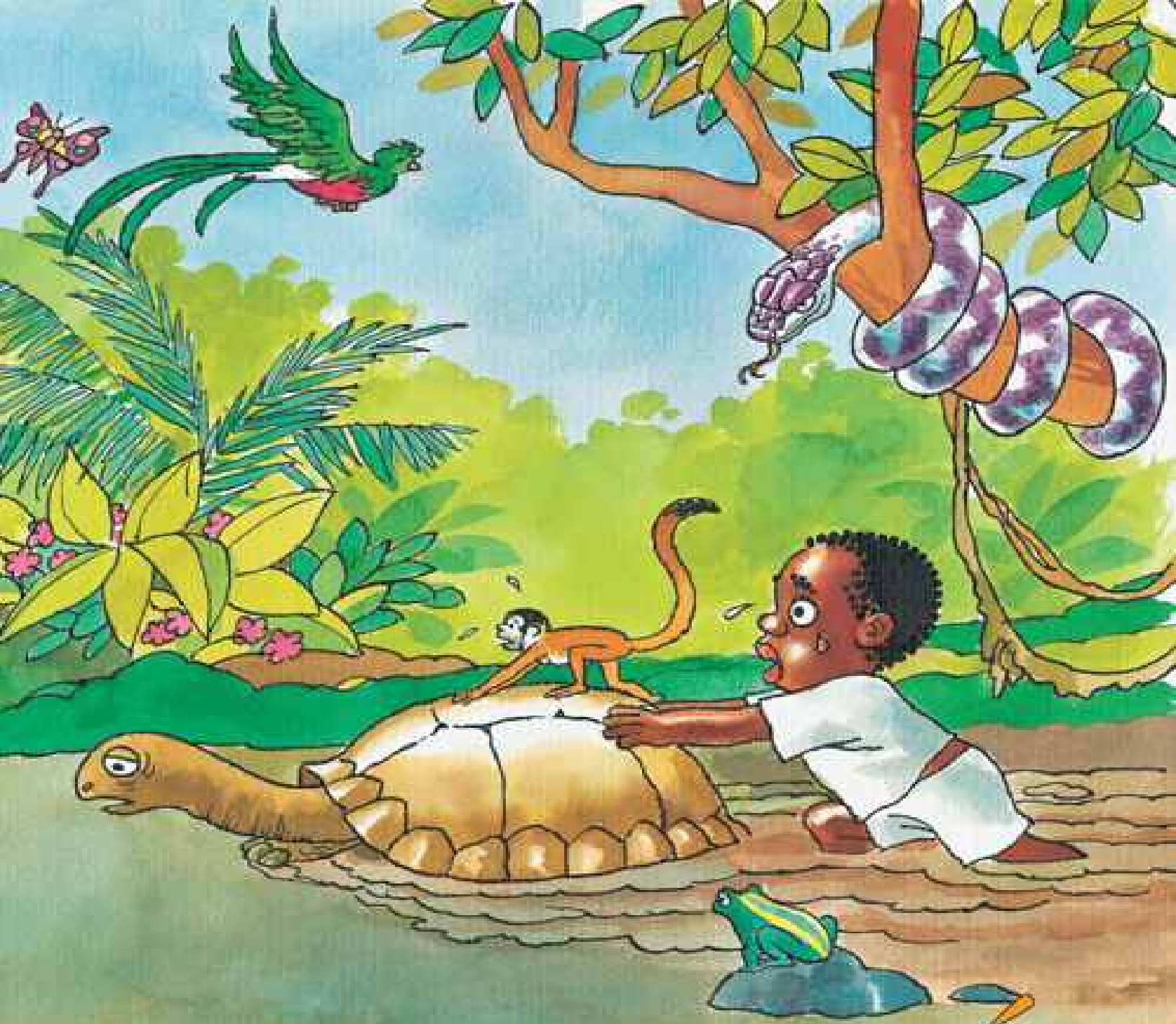


COCORÍ

Joaquín Gutiérrez

LEGADO

Table of Contents

CRÉDITOS
EN EL BARCO VIENE UNA ROSA
UN NEGRITO CUMPLE SU PROMESA
COCORÍ ENCUENTRA UNA CANCIÓN
UNA PREGUNTA SALE A RODAR TIERRAS
DOÑA MODORRA SABE MUCHAS COSAS
LOS CAIMANES TIENEN MALAS PULGAS
LAS ABEJAS BAILAN CON UNA FLAUTA
EL PELIGRO ONDULA EN LOS ÁRBOLES
TALAMANCA LA BOCARACÁ
SUS EDADES SON HORAS EN UN DÍA

CRÉDITOS

COCORÍ
Joaquín Gutiérrez



© EDITORIAL LEGADO S.A.

Primera edición electrónica 2011
ISBN 978-9968-519-20-5
Teléfono: (506) 2280 8007
Fax: (506) 2281 0945
Apartado postal: 2160-2050
San José, Costa Rica
legado@editlegado.com
www.editlegado.com

«A breve vida nace destinada,
sus edades son horas en un día»
Quevedo
Soneto ofreciendo a Velisa
la primera rosa que abrió el verano.

EN EL BARCO VIENE UNA ROSA



En el agua tranquila de la poza, las copas de los árboles se reflejaban reproduciendo una selva submarina.

Cocorí se agachó para beber en el hueco de las manos y se detuvo asombrado al ver subir del fondo del agua un rostro obscuro como el caimito, con el pelo en pequeñas motas apretadas. Los ojos de porcelana de Cocorí tenían enfrente otro par de ojos que lo miraban asustados. Pestañeó, también pestañearon. Hizo una morisqueta y el negrito del agua le contestó con otra idéntica.

Dio una palmada en el agua y su retrato se quebró en multitud de fragmentos. Estaba muy contento Cocorí y su risa descubrió sus encías rosadas como papayas. Por primera vez se había atrevido a penetrar entre los árboles milenarios de la selva, y lleno de curiosidad y excitación, vivía una aventura magnífica. Ya mamá Drusila debía estar impaciente:

—Cocorí, anda a traerme leña —le había dicho.

Pero recogiendo una rama por aquí y otra por allá se había ido adentrando en el bosque, y ya era hora de emprender el regreso.

Cruzó los primeros matorrales en los límites de la selva. Se apresuró, receloso, porque el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y se iniciaba el concierto nocturno.

—Croá, croá,
qué susto me da.

El sapo le gritaba desde su pantano, y el grillo intervenía con su voz en falsete:

—Cri, cri, cri,
apúrate, Cocorí.

Las ramas se alargaban como garras para atraparlo y veía sombras pavorosas por todas partes. Y cuando un búho abrió su ojo redondo y le gritó:

—Estucurú,
¿qué buscas tú?

Cocorí arrancó despavorido a todo lo que le daban las piernas. Corriendo cruzó frente al rancho del Campesino. Un olor a pescado frito le alegró las narices.

—Adiós, Cocorí, ¿a dónde vas tan ligero?

Pero no tenía ánimo de contestar y no se detuvo hasta que se encontró a salvo junto a mamá Drusila. Aferrado a sus faldas se sintió tranquilo, porque las mamás pueden defender a sus negritos de la montaña, del hambre del jaguar o del relámpago.

Por eso no protestó del pellizco de la negra que le decía:

—¿Dónde has estado?

Cocorí no le contestó, lleno de remordimientos, porque siempre le había prohibido que se aventurara en el bosque. Además, a mamá Drusila era mejor dejarla que se serenara sola.

Después de la comida Cocorí salió a la playa. La selva, a sus espaldas, elevaba su mole tenebrosa y casi impenetrable. De ella salían, a veces, impresionantes mensajeros que ponían sobresaltos en el corazón del Negrito. El afelpado Jaguar aparecía en los linderos de la playa en acecho de doña Tortuga, que se hacía un ovillo, atrincherada en su caparazón, y a veces don Zorro, en rápida visita, secuestraba las más tiernas aves del corral.

El mar, enfrente, era también dueño y señor de innumerables secretos que aguijoneaban la imaginación de Cocorí. Por eso corrió hacia el círculo de pescadores, que, a la luz de la luna, referían sus aventuras heroicas en el mar y en la selva.

Acuclillado en el ruedo de hombres escuchó una vez más al Pescador Viejo —sus barbas blancas bailaban con los vientos salinos— contar de los hombres rubios que vivían al otro lado del mar, de la dentellada fugaz del tiburón, de las anguilas eléctricas y de la iguana acorazada con su lengua de siete palmos.

—Dime, Pescador —preguntó el Negrito—: ¿quién es más fuerte, el Caimán o la Serpiente Bocaracá?

El Viejo se rascó las barbas, dubitativo, guiñó un ojo y, por último, respondió:

—Todo depende. Si el Caimán la muerde primero, gana el Caimán; pero si la Serpiente lo aprisiona entre sus anillos y comienza a destrozarlo con su abrazo... ¡adiós Caimán!

La conversación se alargó hasta que los párpados de Cocorí comenzaron a pesarle y a duras penas se fue trastabillando de sueño hasta su casa. Lo último que escuchó fue la canción de cuna de mamá Drusila:

—Duérmete, negrito,
cara de moronga,
que si no te duermes
te lleva candonga.

* * *

Al alba, Cocorí saltó de su hamaca. El canto del gallo corría por el caserío:

Quiquiriquí,
ya estoy aquí.

Se lavó la cara con el agua fresca de la tinaja de barro y se encaminó a ordeñar las cabras. Pero al salir a la playa, comprendió que sucedía algo inusitado. Los hombres del pueblo gesticulaban exaltadamente frente al

mar. Con el sol matutino sus sombras se prolongaban enormes por los arenales y venían a lamer las piernas de Cocorí. Algunos lanzaban sus sombreros al aire y la algazara crecía por momentos. El viento trajo los gritos:

—Un barco.

—Que viene un barco.

—Llegan los hombres rubios.

El corazón del Negrito dio un vuelco. Se olvidó de la cabra y la dejó tranquila triscando la mata de orégano. Se precipitó hacia el mar y pronto compartía la excitación de los demás.

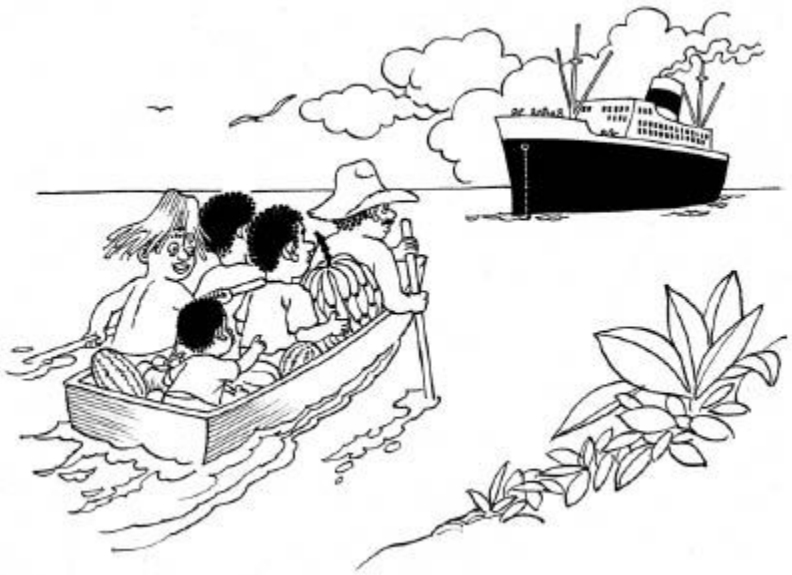
El Pescador Viejo sentenció:

—Hacía veinte lunas que no venía ninguno.

Los ojos de Cocorí quedaron prendados del mar inmenso que centelleaba asperjado de diamantes. Una lejana columna de humo delgado se elevaba en el horizonte.

Tenía una vaga idea de los barcos. En las noches de luna había preguntado:

—¿Cómo son los barcos?



—Grandes, como todas las casas del pueblo juntas —le habían respondido. Comen fuego y echan a correr bufando. —Pero nunca había visto ninguno. Por fin resolvería un misterio.

Los pescadores comenzaron a empujar sus botes al agua cargados con frutas olorosas y multicolores: caimitos, papayas, piñas, plátanos.

Adornaron las bordas con rojas flores y desde lo alto del mástil colgaron largas guirnaldas de orquídeas.

Cocorí se coló por entre las piernas de los mayores y, encogiéndose lo más posible para pasar inadvertido, se acomodó en una lancha.

Poco después todos bogaban bajo el sol ardiente.

El casco del barco relucía sobre las aguas. Con sus banderas multicolores y la gran chimenea pintada de blanco que arrojaba una gruesa columna de humo, infundía en Cocorí una temerosa fascinación. Los ojos querían saltársele.

Ya más cerca, vieron a los hombres acodados en la borda. Eran como los describía el Viejo Pescador. El contramaestre, con su cabellera roja revuelta por el viento, hizo gritar al Negrito:

—Miren, se le está quemando el pelo.

Los negros se rieron alegres mientras recogían las sogas para aproximarse al barco. Cocorí se apoderó de una y, agarrándose con pies y manos, trepó ágilmente hasta el puente. Cuando de un salto cayó sobre la cubierta, un grito lo sorprendió:

—Mamá, ¡mira qué raro!

Cocorí buscó alrededor. ¿De qué hablarían? Hasta que se dio cuenta de que hablaban de él y la cara se le puso morada como una berenjena.

«Es linda —pensó— como un lirio de agua».

Suave y rosa, con ojos como rodajas de cielo y un puñado de bucles de sol y miel, la niña se acercaba poco a poco.

—¡Es que está todo tiznado!

Pasó un dedito curioso por la mejilla de Cocorí.

—¡Oh mamá, no se le sale el hollín! —y los ojos celestes reflejaban desconcierto.

El Negrito estaba como clavado en su sitio, aunque tenía unos deseos frenéticos de desaparecer. Hubiera querido lanzarse de zambullida al agua, pero no le obedecían las piernas. Su desconcierto creció cuando la mamá se acercó a mirarlo, y de un salto alcanzó la cuerda y se deslizó hasta la lancha. La niña, desde la borda, lo buscaba con la vista entre las flores y frutas, pero Cocorí, escondido debajo del asiento, sólo asomaba de vez en cuando un ojo todavía cargado de turbación.

De vuelta a la playa, la comezón de la inquietud le recorría el cuerpo. ¡Se había portado tan tonto! Con gusto se tiraría los pelos, se daría de

puñetes, gritaría. ¿La había enojado? Y el pesar agolpaba las lágrimas a los ojos de Cocorí.

Por fin tuvo una idea.

Corrió a lo largo de la playa recogiendo el tornasol de las conchas, los caracoles nacarados, las estrellas de mar y los arbolitos de coral, saltando entre las rocas con riesgo de resbalar y darse un peligroso chapuzón.

Con todos sus tesoros esperó el momento en que una lancha partió cargada de cocos hacia el barco y repitió la travesía. Cuando las obscuras manitas, rebosantes de reflejos, depositaron el cargamento de luces en su falda, la niña gritó jubilosa:

—¡Qué lindos caracoles! Este parece un trompo, ése una estrella, aquél un pájaro— y con saltos de alegría corría a mostrarlos a todos los tripulantes.

—Escucha —le dijo Cocorí, acercándole un enorme caracol a la oreja— el canto del mar.

Y la niña, embelesada, oyó un lejano fragor de tempestad.

Cocorí era feliz. La niña le hablaba, le sonreía encantada. Arrastrado por su alegría, comenzó a contarle las mil y una historias del Pescador. Le habló del maligno don Tiburón, de las flores carnosas como frutas y de los monos turbulentos y traviesos.

A la niña se le llenaron de luz los ojos celestes:

—¿Hay monos?

—¡Uf!, muchísimos.

—¿Y viven cerca?

Cocorí, disimulando su ignorancia en los secretos de la selva, señaló con su dedito hacia las copas de los cedros:

—Allí vive la tribu de los Titíes.

—¡Ay, cómo quisiera tener uno! ¿Es muy difícil atraparlo?

Por la mente del Negrito pasaron fugazmente las prohibiciones de mamá Drusila, los ruidos que había escuchado la tarde anterior, el miedo al Tigre y a la Serpiente. Pero la niña tenía tanta ilusión en los ojos, que todo lo olvidó.

—Yo te traeré uno —le prometió impulsivo.

Ella le lanzó los brazos al cuello y le dio un sonoro beso en la mejilla. Después le dijo, entre exclamaciones de alegría:

—Yo también quiero regalarte algo.

Y rápido corrió hacia su camarote. Cocorí se quedó pensando en la temeridad de su ofrecimiento, cuando la vio reaparecer. Entre sus manos traía una Rosa. Parecía hecha de cristal palpitante, con los estambres como hilos de luz y rodeada de una aureola de fragancia.

Para Cocorí era algo mágico. Retrocedió unos pasos asombrado. El sólo conocía las grandes flores carnosas de su trópico. Esta flor era distinta. Jamás podría cerrar sus pétalos para comerse una abeja como lo hacían las flores de la manigua. Su perfume no tenía ese aroma hipnótico de las orquídeas. Era un olor leve como una gasa transparente que envolvió a Cocorí en su nube.

Miró a la niña atónito y volvió a ver la Rosa.

«En el país de los hombres rubios —pensó el Negrito—, las niñas y las flores son iguales». Y con su rosa apretada contra el pecho, celoso del viento que quería arrebatársela, Cocorí emprendió el regreso hacia la costa.

Esa noche la flor iluminó la choza de mamá Drusila.



UN NEGRITO CUMPLE SU PROMESA



—Yo tengo un clarín de oro
y un gorrito carmesí
y con mi canto sonoro
despierto al caimán, al toro,
al león, al jabalí,
a la tortuga y al loro
y al negrito Cocorí.

Cantó el gallo y su canto cruzó el cielo como una flecha de plata.

Cocorí saltó y se lavó los párpados del último sueño. Primero buscó ramas secas por los matorrales y dejó un hermoso fuego crepitando, para ahorrar trabajos a mamá Drusila. Así, tal vez, le perdonaría su escapatoria. Después se despidió de la Rosa desde la ventana:

—Ahora voy al bosque a buscar el monito que te prometí.

Le tiró un beso con la punta de los dedos, y, con la visión de la flor desbordándole el corazón, salió a la playa.

La alegría cantaba en su interior.

Buscaría un Tití color canela, con una mancha en el rostro, como si se hubiera empolvado. Aunque, ¿cómo haría para cazarlo? Eran livianos y

rápidos, columpiándose en las lianas y trepando hasta el cogollo de la palmera apenas alguien se aproximaba.

La empresa presentaba dificultades, pero Cocorí tenía que buscar el modo de vencerlas. Dio la vuelta a la península, siempre con la silueta del barco frente a los ojos, tan ensimismado en sus pensamientos que no reparó en el obstáculo que había en su camino.

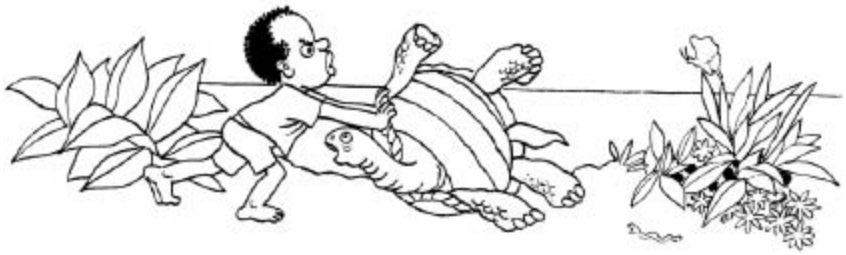
El tropezón lo volvió a la realidad.

—¡Auch!

Acariciándose el dedo adolorido se dejó caer al suelo y entonces vio a doña Modorra. La pobre tortuga se había caído de espaldas y pataleaba que era un gusto en sus afanes por enderezarse. Quién sabe cuánto rato llevaría en aquella posición.

En otra ocasión, Cocorí hubiera gozado con los trabajos de doña Tortuga que se bamboleaba ridículamente sobre su caparazón. Pero el recuerdo de la Rosa endulzaba su alma y nunca Cocorí se había sentido más bueno que aquella mañana.

—¡Ay, pobrecita de mí! —gemía la Tortuga—. ¡Si nadie me ayuda, me asaré al sol!



El Negrito la tomó de una pata y con un enorme esfuerzo la puso de pie.

Doña Modorra, toda congestionada, suspiró:

—¡Qué modo de dolerme los riñones! ¡Ya estaba viendo estrellas!

El le sobó la espalda un rato para aliviársela y escuchó el relato de la vieja:

—Vieras de la que me has salvado, Cocorí. Si el Jaguar llega a sorprenderme en esa posición indefensa, hubiera muerto en la flor de la edad.

—Pero..., ¿usted es joven? —preguntó él, todo sorprendido.

—¿Y qué te has figurado? —Doña Modorra se pavoneó coqueta—. Si tengo solo ciento cincuenta años, lo que no es nada para nosotras, que vivimos trescientos.

Cocorí, un poco desconfiado, le miró las «patas de gallo», y los centenares de arrugas del pescuezo, pero prefirió disimular:

—Ya se siente bien, ¿verdad, doña Modorra?

—Sí, gracias a ti, hijo mío. Nunca olvidaré tu ayuda. Pero, dime, ¿a dónde vas tan de mañana?

—Voy a cazar un Titi, pero la verdad es que... —hizo un puchero— no sé bien cómo hacerlo.

—¿Un Titi? —en la voz de la Tortuga había un poco de burla—. Pero si un Titi recorre toda la selva en menos tiempo que yo gasto en bostezar.

—Yo sé, yo sé que son unos demonios —suspiró Cocorí—, pero tengo que cazar uno.

A doña Modorra le entró lástima:

—Explota sus vicios, Cocorí, y lo atraparás. Siempre los vicios acaban por perder al débil que no sabe dominarlos— terminó, abusando de su fama de filósofa.

Lo de filósofa se lo ganaba con su cara de ausente, siempre como rumiando pensamientos muy profundos, aunque algunas malas lenguas, como la Ardilla y la Lagartija, decían que sólo era una perezosa.

—El Titi es goloso —prosiguió la tortuga—. La gula lo pierde. Es también un poquito... aturdido —terminó, buscando la forma más suave de decir que no era inteligente. No quería que después contaran que era una vieja chismosa.

Cocorí le dio las gracias y se despidieron como grandes amigos.

Atravesó el bosque de bambúes y pronto divisó la choza del Campesino con un humo blanco que salía de la chimenea.

«Pero ¿qué serán esos gritos?»

Se subió a un árbol para mirar mejor lo que ocurría y vio al Campesino correr y saltar, con la cara descompuesta de cólera.

—¡Ladrones, monos sinvergüenzas, ladrones! ¡Siempre robándome la cosecha!

Y con su honda les tiraba grandes piedras.

Cocorí vio a los monos correr a gran velocidad, en fila india, por entre las hileras del maizal. Cada uno había amarrado dos mazorcas colgándoselas del cuello. Pronto se refugiaron entre las copas de los árboles.

Cocorí se acercó al Campesino, que se quejaba plañideramente.

—¡Qué monos tan malos! ¿Cómo se llaman?

—Son los Titíes, pero deberían llamarse siete diablos. Algún día me la van a pagar.

Cuando el Negrito oyó lo de Tití, estiró las orejas:



—Vamos a perseguirlos— propuso.

—¡De acuerdo, vamos!

Y se internaron por entre las zarzamoras y la intrincada urdimbre de los helechos.

De súbito sintieron sobre sus cabezas una dura lluvia que los apedreaba sin misericordia.

—¡Ay!, ¿qué están tirando? —¡Mi nariz, ay, mi nariz!

Los monos, desde las altas ramas, se reían a carcajadas, apretándose el estómago con los puñitos:

—Hi, hi, hi— y rápidos terminaban de comerse el maíz, mientras lanzaban las corontas con certera puntería.

Cocorí y el Campesino tuvieron que salir a la carrera en vergonzosa retirada. Al hombre le apareció un enorme chichón entre el pelo y Cocorí tenía la punta de la nariz colorada como un pimiento.

—¿Cómo hacemos para pillar alguno? —decía rabioso el Campesino. Y Cocorí recordó los consejos de doña Modorra. Cocinaron un riquísimo arroz con leche que despedía un tufito que les hacía la boca agua; recogieron un coco y en la dura cáscara le abrieron un hueco del tamaño de

un peso, justo para que cupiera la mano abierta del Titís, y en el fondo del coco pusieron una cucharada del humeante arroz.

—Se los va a llevar la trampa por golosos —decía Cocorí, feliz con los preparativos; y el Campesino gozaba de antemano con su venganza.

Se pusieron en marcha y fueron a la selva, en donde dejaron el coco bien amarrado con bejucos al pie de una palmera. Después se metieron por el platanal, se cubrieron con hojas para que no los divisaran y se quedaron al acecho.

Al cabo de un rato el Campesino musitó al oído de Cocorí: —Ya vienen, ¡chist!

Y por un largo bejuco miraron deslizarse a un mono Titís atraído por el olor. Se acercó de puntillas haciendo muecas golosas y mirando con sus ojillos redondos para todos lados. Llegó al lado de la palmera, olió el tufillo del arroz y metió la mano en la trampa.

—¡Ya! —gritó el Campesino a Cocorí, y ambos se precipitaron.

El Titís quiso sacar la mano y escapar, pero el hueco del coco era muy estrecho para que pasara el puño cerrado lleno de arroz. Cegado por la gula, no atinaba a soltar la golosina para escaparse, y gemía y hacía mil forcejeos pegado al coco. Por último se acurrucó, muerto de miedo, mientras pensaba que esta vez iba a pagar todas sus picardías.



El Campesino llegó primero y lo zamarreó del brazo:

—Ya te enseñaré a robarme el maíz. ¡Te echaré agua hirviendo!

El Titís, todo compungido, hacía muecas y con la mano libre se tapaba la cara, asomando sólo un ojo por entre los dedos.

Cocorí, a duras penas, consiguió aplacar al hombre, salvando al mono de su cólera tan justa. Porque, ¿cómo iba a presentarse ante la niña con un

Tití desollado en agua hirviendo?

—Mire, no le haga nada —suplicaba—. Yo me encargo de castigarlo.

—A ese bribón yo le doy un tirón de orejas— gritaba el Campesino. Y pasando de las palabras a los hechos, le dio un tironazo que casi se las arranca.

—¡Ayayayay! gimió el Tití, e hizo tanto teatro y muecas tan exageradas, que al Campesino se le aplacó la cólera.

—Está bien, te lo regalo, Cocorí, pero te prevengo que nada bueno vas a aprender con este picaronazo —y sobándose el chichón de la cabeza, regresó a su maizal.

COCORÍ ENCUENTRA UNA CANCIÓN



Una vez los dos a solas, Cocorí sacó el arroz del coco y el Tití se lo comió todo en la palma de su mano. Y cuando el monillo terminó su festín, con los ojos húmedos de agradecimiento, volvió hacia su salvador una cara toda embadurnada. Saltó a su hombro y pronto los dos reanudaron su marcha por la selva.

A un lado y otro, asustadizos con el ruido de sus pasos, pájaros gigantescos con largas colas multicolores levantaban el vuelo graznando. Desde la copa de los árboles se desbordaban hasta el suelo las enredaderas y, entre todas, se imponía la «lluvia de oro», que derramaba su catarata de miel rubia con los rayos del sol.

A Cocorí lo hacía feliz imaginarse la excitación que brillaría en los ojos de la niña cuando lo viera llegar con el mono. El le enseñaría a darle de comer en la mano para que lo acostumbrara a su lado y no la abandonara nunca.

Todo le parecía amable y hermoso. En el mismo suelo ya no divisaba la nata verde de los pantanos ni las raíces retorcidas y rugosas que tanto disgusto le habían producido la primera vez. Sólo veía los hongos multicolores: unos, enormes, con la cabezota llena de pintas verdes y rojas; otros, esponjados como un abanico, y los más diminutos, escondidos entre las raíces, con sus boinas de color púrpura humedecidas por el rocío.

El mono correteaba por las ramas multiplicando sus picardías; tironeaba las colas de las ardillas y tiraba piedras en las bocazas abiertas de los sapos:

—Croá, croá,
ya las pagará,

le gritaban éstos furiosos, amenazándolo con el puño.

Al poco rato cruzaron el río, y en el bosque de bambúes se encontraron al Negro Cantor, que estaba cortando una caña para construirse una flauta nueva. Era amigo de todos y todos lo querían. Cuando alguien tenía un dolor de cabeza de enloquecer, en seguida solicitaba:

—Llamen al Negro Cantor.

Y éste venía con su flauta, y de sus cañas brotaba un torrente de melodías suavísimas que aliviaban el dolor más agudo.

Pero esto era lo único que hacía: cantar. Subido en las rocas, a horcajadas en una rama mecida por el viento, o bien tumbado de espaldas entre las yerbas, tocaba su flauta y cantaba.

Sólo mamá Drusila decía que era un vagabundo.

—¿Por qué no trabajas? —le increpaba burlona.



—Estoy trabajando —respondía el Cantor, y se recostaba plácido sobre la arena, a contemplar las estrellas.

Al ver a Cocorí, le preguntó:

—¿De dónde vienes tan alegre?

Este le contestó con apresuramiento, sofocado por la alegría:

—Vengo de la selva.

—¡Uyuyuy! ¿Y no te da miedo, Cocorí?

—Sí, mis sustos pasé, pero la niña me pidió que le consiguiera un monito y aquí se lo traigo. —Volvió los ojos para buscar a su compañero,

pero no lo encontró. El Titί, encaramado en la rama más alta, miraba al Negro Cantor con recelo.

El Negro sacó su flauta y comenzó a arrancarle un lamento suave, que fue creciendo y multiplicándose entre la arboleda. Pronto una multitud de pájaros piaba a su alrededor tratando de imitar la música. Los violines de los gorriones, el oboe del ruiseñor, la lira de los canarios y los yigüirros acompañaban la melodía.

El Titί comenzó a descender como atraído por un imán y poco a poco se armó de valor y saltó al hombro del Negro. Con sus dedos trató de curiosear en los huecos de la flauta: brotó un sonido estridente y el concierto de pájaros enmudeció de pronto. El Negro Cantor lanzó una carcajada:

—¿Este era el amigo que me tenía miedo?

Cocorí intervino para suplicar, esperanzado:

—¿No me regalarías una canción para la niña?

El Negro silbó cuatro notas:

—Cógelas.

—Se las llevó el viento —suspiró Cocorí.

Y otra carcajada resonó, haciendo caer una lluvia de hojas. Pero el Cantor se torno grave de pronto, entornó los ojos y Cocorí sintió que su mirada le llegaba hasta el fondo de su alma. Entonces, cantó:

—La niña rubia ya viene,
la niña rubia se va,
tiene el cabello de lino
y la carne de ananá;
pero nos dejó una Rosa
roja a la orilla del mar.

El Titί se echó a reír sin saber de qué, pero a Cocorí se le hizo un nudo en la garganta; se aprendió la canción y, sin dar siquiera las gracias, partió corriendo hacia la playa. No quería demorar más su felicidad.

Pediría al Pescador Viejo que lo llevara con su barca, pasaría a dar un beso a su flor, a hurtadillas de mamá Drusila, la que lo estaría buscando por todas partes para darle un tirón de orejas, y se embarcaría para entregar sus regalos a la niña: el monito y la canción.

Cruzó en loca carrera los últimos matorrales, llegó al caserío y, después de atravesar los almendros que circundaban la playa, salió a la arena ardiente.

De pronto se detuvo en seco, como herido por un rayo. ¡Todo el inmenso mar estaba vacío! Hizo pantalla con la mano para defenderse del reflejo. ¡Inútil! En toda la enormidad del océano sólo se divisaban las olas jugando unas con otras, incansables.

—Titi, ¿dónde está el barco?

Pero el mono hurgaba con el dedo para sacar un caracol de su concha y no le hizo caso.

Volvió el rostro hacia la selva. Quizás la selva, poseedora de tantos misterios, podría revelarle el secreto del barco perdido. Pero la selva le contesto con la voz incomprensible del viento que pasó bramando con furia por entre el follaje.

Y mientras corría por su piel de chocolate una lágrima enorme, murmuró los versos del Negro Cantor:

—La niña rubia ya viene,
la niña rubia se va...

¡Oh, pero entonces el Cantor ya lo sabía todo! Cocorí sintió que se abrasaba en cólera. ¡Cómo no le había avisado a tiempo! El hubiera corrido como el más rápido de los gamos saltarines para alcanzar a verla por última vez.

Sus labios siguieron solos recitando los versos:

—Tiene el cabello de lino
y la carne de ananá.

La miró de nuevo —linda como los lirios de agua— en su imaginación. ¡Por lo menos, haberle podido entregar el monito! Quizás si bogara sin descanso durante muchos días y muchas noches en la lancha del Pescador podría alcanzarla... Pero no; el bote era tan viejo como su dueño y el barco en cambio corría bufando como el huracán. El dolor nublaba sus ojos.

—Pero nos dejó una rosa

roja a la orilla del mar.

¡De veras!, ¡todavía tenía la Rosa! Hecha aroma y color, la niña lo esperaba en el rancho de mamá Drusila.

Corrió como un ventarrón. Los vecinos, a su paso, le gritaban:

—Cocorí, tu mamá te anda buscando.

—Lo vas a pasar muy mal.

—¿Qué, te picaron los tábanos?

Pero Cocorí no les escuchaba. Como un alud entró en su casa, derramó la tinaja de leche, tropezó con una silla, dejó prendido un jirón de su blusa en un clavo y llegó a su cuarto.

Al principio no comprendió lo que sucedía.

¡El corazón le dio un vuelco! Se restregó los ojos con los puños cerrados y miró de nuevo. No se podía acostumbrar a la penumbra del cuarto.

—No puede ser, es el sol que me tiene encandilado.

Se precipitó a abrir la ventana y volvió a mirar.

Esta vez sintió que el mundo se desplomaba sobre su cabeza.

En el vaso en que había dejado su flor, sólo había una rama seca, y en el suelo, alrededor,

una lluvia de pétalos muertos.



UNA PREGUNTA SALE A RODAR TIERRAS



Durante muchos días mamá Drusila anduvo preocupada por su hijo.

—Cocorí, cuida los camotes que dejé en el fuego.

Pero el Negrito, sentado frente al fuego, con la cabeza entre las manos, los dejaba convertirse en un obscuro caramelo.

—¡Cocorí, cierra la puerta!

Pero el Negrito no la cerraba, y la cosa llegó al colmo la noche en que vino la culebra y se bebió toda la leche ordeñada de las cabras.

—Cocorí, otra que me hagas y la vas a pagar.

Pero de nada valían los tirones de orejas. Nadie le arrancaba palabra. No quería ni siquiera jugar con sus amigos.

—Vamos a coger cangrejos a las rocas —lo invitaban.

—Pescaremos olominas.

—Te presto mi honda para matar pájaros.

Y el Negrito no respondía.

Mamá Drusila le cocinaba medallones de plátanos con miel, frescas tortas de maíz o ricos caldos de huevos de tortuga; pero el plato se enfriaba y la cabeza de Cocorí se poblaba de ideas más negras que su piel.

—Esta noche hay luna llena y el Pescador Viejo va a contar las historias del Tigre Manchado.

Ni se inmutaba. ¿Por qué se había quedado tan solo?, era la pregunta que se hacía. ¿Por qué el barco no había esperado su regreso y la flor se había marchitado?

La Rosa había aromado su choza. Lo había hecho más bueno. Por ella había enderezado a doña Modorra y había defendido al Titi de las furias del Campesino.

El monito, con su cara de payaso, lo miraba compungido desde su horcón.

A veces se colgaba de la cola y balanceándose saltaba fuera por la ventana, dando varias volteretas mortales. Pero la trompita de Cocorí permanecía fruncida y los ojos entornados llenos de lágrimas.

¿Por qué la Rosa había huido tan luego? ¿Por qué no lo había acompañado hasta que fuera grande?

Al Viejo Pescador lo había escuchado narrar innumerables veces:

—Esas palmeras nacieron el día en que yo nací. Cuando yo era muchacho, saltó de la tierra el primer cogollo de ese tamarindo.

Y Cocorí sentía una profunda pena de que, cuando fuera viejo; no podría contar en una noche de luna:

—Cuando yo tenía siete años esta Rosa nació. Me ha acompañado toda la vida.

Y una rebeldía iba fermentándose en su corazón. ¡Qué su Rosa hubiera vivido un día y en cambio otros, que de nada servían sino para hacer daño, vivieran tantísimos años! Y al pensar en esto recordaba al Caimán, el viejo Caimán del lago, al cual ya le habían tenido miedo los abuelos de los abuelos de Cocorí.

«El mundo marcha de cabeza y yo soy un niño y no puedo comprenderlo».

Por fin un día se resolvió a salir de su silencio.

Corrió donde estaba mamá Drusila pelando papas y le preguntó:

—¿Por qué mi Rosa tuvo una vida tan corta? ¿Por qué otros tienen más años que las hojas del roble?

La Negra lo miró de arriba abajo. «¿Qué le pasará a Cocorí preguntando esas cosas?» Terminó de pelar las papas y fue adentro a barrer. Pero Cocorí le pisaba los talones por todas partes con su pregunta. Por fin perdió la paciencia:

—¡Deja de molestar! Anda a preguntarle al Viejo Pescador. Yo soy una Negra ignorante y no entiendo tus preguntas.

Cocorí salió y se dirigió a la choza del Viejo Pescador. Lo encontró ocupado remendando sus redes.



—En la tarde vimos pasar un cardumen de atunes y esta noche vamos a salir de pesca —le explicó el Viejo al responder su saludo.

Pero a Cocorí nada le importaban los atunes y volvió a su pregunta:

—¿Por qué mi Rosa tuvo una vida tan corta? ¿Por qué otros tienen más años que las yerbas del monte?

El Pescador, que tenía la cabeza de algodón y la piel rugosa, el Pescador que sabía tanto de los barcos y de la selva, se quedó perplejo. Lentamente se rascó la lana de su cabeza:

—¡Ah, Cocorí, cuando somos tan viejos como yo, ya no nos hacemos esas preguntas! Cada pregunta que yo me hice me dejó una arruga en la frente. Cada misterio que quise Cada misterio que quise comprender me dejó con un diente menos. Ahora tengo más arrugas que olas tiene el mar, y mira cómo me quedaron las encías. —Le mostró sus encías lisas y rosadas y terminó—: Ahora espero que el océano y el bosque me cuenten lo que me quieran contar. Yo no les pregunto nada.

Cocorí salió desilusionado, pero fue a visitar al Carpintero, que vino a recibirlo con la cabeza llena de aserrín, y le hizo su pregunta.

Pero el Carpintero se dio un martillazo en el dedo por escucharlo y gruñó:

—Yo no sé quién hace estos negritos tan preguntones.

Por el camino vio venir al Aguador cargado con sus tinajones de agua.

—Mira, Aguador, ¿por qué...? —pero lo desanimó verlo con la lengua afuera, muerto de cansancio, y prefirió dejarlo pasar.

Fue a buscar al Leñador y lo encontró con el genio avinagrado:

—Te contestaré cuando termine de aserrar todos estos troncos —le dijo, y con un vasto gesto de la mano le señaló todos los árboles del bosque.



Por último corrió donde el Campesino. Podía decir que eran amigos desde la última aventura.

—Dime, Campesino, ¿por qué mi Rosa tuvo una vida tan corta? ¿Por qué otros tienen más años que las semillas del higo?

El Campesino se encogió de hombros, demasiado ocupado en vigilar el maizal de las incursiones de los monos.

Cocorí se sentó desanimado a la sombra de una palmera. ¿Qué esperanzas le quedaban de encontrar una respuesta si los más viejos no habían tenido tiempo de hallarla?

El Titi, desde una rama, copiaba sus gestos de desconsuelo. Pero algo divisó y bajó corriendo a avisarle:

—Cocorí, hi, hi, hi —y le señalaba con el dedo.

Por la playa, con su paso lento, entrecerrando los párpados de corcho bajo el sol encandilador, se arrastraba doña Modorra como una joroba en la arena.

Cocorí corrió a su encuentro, saltando descalzo por la arena candente que le quemaba las plantas.

—¡Esta sí que debe saber! ¡Con sus ciento cincuenta años de experiencia!

—¿Qué te pasa, Cocorí? —dijo la Tortuga, en marcha hacia la sombra de los almendros y arrastrando al Titi, que ya se le había encaramado encima.

—¡Ay! —suspiró el Negrito.

—Tan niño y ya suspirando —sentenció la Vieja.

—Doña Modorra, usted que es tan vieja y tan sabia, ayúdeme.

—Cuenta conmigo para lo que quieras.

—He ido donde el Pescador, el Carpintero, el Leñador, el Aguador y el Campesino, pero ninguno ha sabido contestar mi pregunta.

—¡Oh!, ¡los hombres! —dijo la Tortuga con una sonrisa torcida, como diciendo: «¿Qué pueden saber esos recién nacidos?»—. ¿Y cuál es tu pregunta?

—¿Por qué mi Rosa vivió sólo un día y otros tienen más años que las arenas del mar?

—No tanto, tampoco, no tanto —dijo la Tortuga, mirándolo recelosa de que fuera una burla. Pero el Negrito tenía la mirada limpia y en ella sólo se adivinaba la ansiedad con que esperaba una respuesta.

Doña Modorra se arrastró un par de metros sin decir palabra. Después apoyó la frente en un puño y prometió:

—Voy a pensar en tu problema. Has de saber que soy una tortuga joven y me quedan mas de cien años para encontrar una respuesta. Aunque tal vez estés apurado, así que trataría de contestarte un poco antes.

A Cocorí se le cayó el alma a los pies. ¡Cien años! ¿Cómo podría esperar cien años en un mundo patas arriba?

—Tal vez otros tengan más experiencia, Cocorí —agregó jadeando la Tortuga, porque nunca había pronunciado un discurso tan largo en su vida —.

Pero es peligroso llegar donde ellos y no quisiera que te pasara nada.

—¿Quiénes son, quiénes son? —gritó Cocorí, otra vez esperanzado.

Doña Modorra vaciló, se abotonó el chaleco, se lo volvió a desabotonar.

—«¡Uf!, ¡qué calorcito hace!» —y por último confesó:

—Don Torcuato, el más viejo de los caimanes. Era amigo de mi abuelo. Tal vez él pueda darte alguna respuesta.

Cocorí estaba hecho una pila eléctrica.

—Pero ¿cómo llegar hasta él, doña Modorra?

—Cruzando la selva.

—Eso no me da miedo, pero, ¿cómo encontraré el camino?

—Quizás el Titi te ayude. Desde la copa de los árboles podrá orientarse.

El monillo se dio golpes en el pecho, lleno de importancia. Pero de súbito, con los ojos desmesurados, se dio cuenta de que era a don Torcuato

nada menos a quien iban a buscar. De un chillido se despojó de toda dignidad y saltó al cuello de Cocorí, temblando de miedo.



—No, no, yo no sirvo, yo no sé subir a los árboles. Además, me duele esta mano, y mi mamá no me deja.

Lo tranquilizaron con gran trabajo y Cocorí, tímidamente, aventuró:

—Y usted, doña Modorra, ¿no nos acompañaría?

Doña Modorra se estremeció. Las tortugas nunca tienen espíritu de aventura. Cerca de la playa está el recurso de lanzarse al mar y escapar así de sus enemigos, pero en mitad de la selva...

—¡Es muy lejos!

—Le haría bien; estiraría las piernas un poco.

—Hum, hum —dijo temerosa—. Es demasiado lejos.

Cocorí se hincó frente a ella, sepultó la cabeza en su hombro y comenzó a suplicarle con una voz que partía el alma:

—Usted que ha sido una segunda mamá para mí, por lo que más quiera, ayúdeme.

Y los ojos de porcelana del Negrito demostraban una pena tan honda, que doña Modorra se quedó pensativa. Es decir, más pensativa que de costumbre.

Era un poquito perezosa, es verdad, pero tenía adentro una gran ternura maternal. No en vano el sol le había calentado innumerables nidadas de huevos. ¡Ya era tatarabuela!

—Tendría que disponer algunas cosas durante mi ausencia —murmuró dudosa—. Ven a verme mañana, Cocorí, y te tendré una respuesta.

El Negrito, seguro de que iría con ellos, se acercó impulsivo y le besó la pequeña cabeza puntiaguda.

El calor de sus labios penetró la gruesa piel apergaminada de la Tortuga y llegó a su corazón. Se ruborizó y los últimos cristales de la duda y el

miedo se deshicieron como terrones de azúcar en el agua.

DOÑA MODORRA SABE MUCHAS COSAS



Salieron de madrugada, cruzaron los primeros matorrales y el bosque de bambúes, y poco después caminaban con gran dificultad por la selva enmarañada.

El Titi iba saltando muy feliz de rama en rama. Sólo de vez en cuando la imagen de don Torcuato le erizaba los pelos.

—¡Uh, uuuuu!, ¡Oh, ooooo!

El ruido lo paralizó de golpe. Un vendaval furioso avanzaba por el bosque, aventándolo todo a su paso. El mono saltó como un resorte sobre la cabeza de Cocorí justo en el instante en que el Tapir enorme pasó como un caballo al galope.

No se había repuesto aún del susto cuando:

—Ra-cuaaaaaá, ra-cuaaaaaá— estalló la carcajada estridente de una cacatúa, y otra vez el Titi tuvo que huir a refugiarse en lo alto de una palmera.



Doña Modorra, para disimular su cansancio, propuso:

—Celebremos una conferencia— y tosió con aire de importancia. Pero Cocorí, que ardía en impaciencia, consiguió convencerla de que no era necesario, y prosiguieron hacia los dominios del Caimán.

Conforme se acercaban, doña Modorra comenzó darle consejos:

—Tienes que ser muy educado, Cocorí; ya sabes que don Torcuato es muy quisquilloso. Trata de halagarlo, porque es muy sensible a las adulaciones. Es triste esto —suspiró la Tortuga—, que tengamos que recurrir a armas innobles, pero no hay otras.

Era obscura la selva por donde caminaban nuestros amigos. Sólo unos rayos de sol se filtraban a duras penas y dejaban caer sus monedas de oro en la tierra.

Horas después, al llegar la noche, las sombras se hicieron más densas. A cada paso Cocorí tropezaba y caía de bruces en los charcos.

El Tití se sentía enfermo del corazón con tanto sobresalto y doña Modorra era la única que se mantenía imperturbable, venciendo, constante y lenta, los espantos de la selva y de la noche.

Por todas partes brillaban ojos fosforescentes en la espesura.

—Deee-me la maa-no —tartamudeó Cocorí, y tomado la mano de la Tortuga prosiguió adelante.

—Ya es hora de dormir —aconsejó una hora después doña Modorra—. Tití, trae cuatro horquetas. Y tú, Cocorí, anda a buscar unos bejucos.

Regresaron y con gran pericia se puso a construir una cama. Plantó las cuatro horquetas, atravesó varios palos encima, lo amarró todo con bejucos y lo cubrió con anchas hojas de plátano.

El Tití, dominado por el sueño, la veía hacer sus preparativos sentado en un cono de tierra. No se había fijado en la multitud de puntitos negros que hervían en el montículo.

—¡Ayayayay! —saltó gritando de pronto. Y corrió a sentarse en un charco para calmar el ardor de las hormigas carniceras. Pero toda la noche se agitó y se rascó remeciendo el rústico camastro.



Al día siguiente se levantaron con grandes bríos. A lo lejos bramaba el río entre las piedras.

—Ya nos estamos acercando al pocerón del Lagarto —advirtió doña Modorra.

Cocorí comenzó a sentir apetito. En el recuerdo le humeaba el tazón de leche caliente que le llevaba en las mañanas mamá Drusila, y sentía un cosquilleo en la boca del estómago. Divisó un árbol frondoso cargado de frutas jugosas y con el Titi se subieron a las ramas con la ilusión de un banquete.

—¡Cuidado!, ¿a dónde van? —gritó doña Modorra.

—Esas frutas tan lindas. ¿No le dan ganas? preguntó extrañado Cocorí.

—Come de esas otras mejor —le indicó la Tortuga, señalando un árbol retorcido en donde las frutas se asomaban menos apetitosas.

Cocorí se detuvo dudoso. Estaría bromeando doña Modorra?

—¿Cómo, de esas tan feas? Si están todas picoteadas de pájaros.

—Por lo mismo, mocoso imprudente —sonrió la Tortuga—. ¿No comprendes que si los pájaros han respetado ésas tan tentadoras es porque deben ser venenosas?

El mono, que ya se había echado una a la boca, la escupió y del puro susto se le pasó el hambre.

Cocorí agradeció una vez más a la sabia Tortuga. ¿Qué habrían hecho sin su valiosa experiencia? Y escogió para ella las frutas mejores y le partió un coco para que calmara la sed.

Siguieron el camino y al atardecer escucharon el río como un trueno de agua. El suelo se había vuelto más fangoso.

—Debemos orientarnos un poco —aconsejó la Tortuga—. Creo que el Tití debe subirse a ese árbol y ver si divisa algo.

El mono trepó en un instante por un enorme guayacán que sobresalía del resto del bosque como una torre. Arriba tuvo que sujetarse con fuerza, porque el viento lo quería derribar, y, bien prendido de la cola, miró: ¡Oh!, la laguna brillaba azul entre los árboles.

—Allí vive don Tor... —Tuvo que tragar saliva al mencionar al Caimán y se deslizó hasta el suelo—. Hi, hi, hi —indicó con la mano.

Y animados, los tres prosiguieron orillando los dominios del Jaguar.

De pronto vieron al Tití, que iba por las ramas, agazaparse cauteloso y, ¡zuás!, se dejó caer como un disparo sobre otra rama más baja. El desesperado piar de un pajarillo les explicó lo que sucedía, y entre las hojas vieron al mono que comenzaba tranquilamente a arrancarle las plumas.

—Suéltalo —le gritaron.

Se quiso escapar con su presa, pero Cocorí de un salto lo atrapó por la cola.

—Pobrecito, cómo tiembla, —acarició con suavidad al pajarito, le dio agua en la palma de la mano y el plumón comenzó poco a poco a retornar, tembloroso, a la vida.



—Gracias, Cocorí —pió con suavidad.

—¡Cómo!, ¿me conoces?

—En el bosque todo lo sabemos.

—Pero, ¿cómo?

—Los correos de la selva nos contaron que los tres andan en busca de don Torcuato. Cuando conversaban en la playa, los escuchó el Moscardón; corrió a contárselo a su compinche el Tábano; éste se lo susurró al Yigüirro, que es compadre del Topo, el que tenía que hacer un mandado por estos barrios y viajó toda la noche con la nueva.

Cocorí escuchaba maravillado.

—Pero ten cuidado —le previno el Pájaro—, porque el Caimán tiene un genio terrible. Tal vez yo pueda interceder por ti.

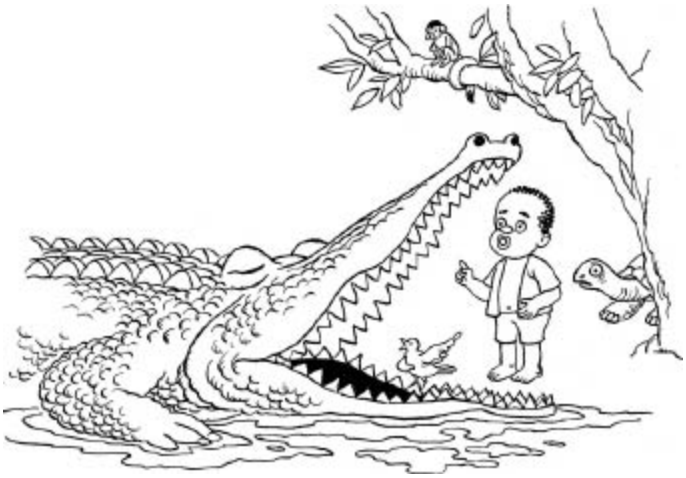
El Negrito miró al Pájaro que casi había muerto en las manos del mono y dudó mucho de que pudiera servir de algo ante el todopoderoso don Torcuato, el feroz Caimán.

—Pero ¿tú lo conoces?

—Pss, somos así —y torció los dedos de la pata—. Tal vez yo soy su único amigo. Ya lo verás, soy su dentista.

Y se adelantó alegre, cuidando, eso sí, de mantenerse a prudente distancia del Titi. Pero éste, con la cola entre las piernas de pura vergüenza de lo ocurrido, no le jugó ninguna otra diablura.

LOS CAIMANES TIENEN MALAS PULGAS



La selva se abrió de pronto y apareció ante ellos el agua barrosa de la laguna del Caimán, orillada de mangles. Las raíces de los mangles se abrían como dedos que se hundían en el agua, formando múltiples canales bajo el follaje.

Pero don Torcuato no se divisaba. Debía estar tomando su baño matinal.

El Tití caminó por la orilla haciendo una inspección general. Trepó por un tronco caído, verdoso de musgo, y se equilibró por encima. Cuando llegó a la punta, contento de haber puesto término a su expedición, se paró de manos.

El tronco se remeció. Y junto al ojo del Tití se descorrió una costra rugosa. En el fondo había un ojo inyectado en sangre que lo miraba echando fuego. ¡El tronco de árbol era el Caimán!

El mono, con un chillido de terror, se suspendió de un mangle con la cola y se perdió entre las hojas.

Don Torcuato se desperezó, borracho de sol, arqueó el lomo y, furioso de que le hubieran interrumpido su siesta de sobremesa, dio un tarascón al aire.

—¡Allí está, allí está! —gritó el Pájaro al divisar a su amigo.

Pero ni Cocorí, escondido entre unas yerbas, temblando, ni doña Modorra, convertida en un pedrón dentro de su caparacho, le prestaron atención alguna.

El Pájaro voló alrededor de la bocaza: —Pi, pi, pi. —Al verlo se dulcificó la expresión de don Torcuato, abrió la enorme tarasca y se quedó

esperando. El Pájaro entró en la bocaza y comenzó a picotear entre los inmensos colmillos.

Ese día don Lagarto se había almorzado casi un ciento de ranas y agradeció infinitamente el papel de palillo de dientes que cumplía su amigo a la perfección.

—Don Torcuato, ¡qué magnífica dentadura! No tiene ni una caries. Se ve que está usted en plena juventud —comenzó a decirle el Pájaro, dispuesto a adularlo un poco.

—Quengo jolo quejientos años —contestó el Lagarto, hablando con la boca abierta.

Cocorí, desde su escondite, sintió otra vez el fuego de la rebeldía. Que ese animalote maligno tuviera trescientos años y su Rosa sólo un día. ¿Por qué?

—Pues, a pesar de su juventud —prosiguió el avecita, toda zalamera—, la fama de su saber y buen criterio ha trascendido ya por toda la selva.

—Ga jera hora —comentó halagado el Lagarto.

—Hoy mismo he tenido noticia de tres peregrinos que vienen de muy lejos para hacerle una consulta y que ya hablan maravillas de su ciencia.

Don Lagarto pensó para sus adentros lo bien que le vendría un poco de propaganda para convencer a algunos escépticos que no le reconocían sus méritos.

—¿Quiere que se los presente? —terminó el ave, mientras le escarbaba un colmillo.

Don Torcuato, digno y distante, bajó los párpados en señal de asentimiento y se revistió de solemnidad.

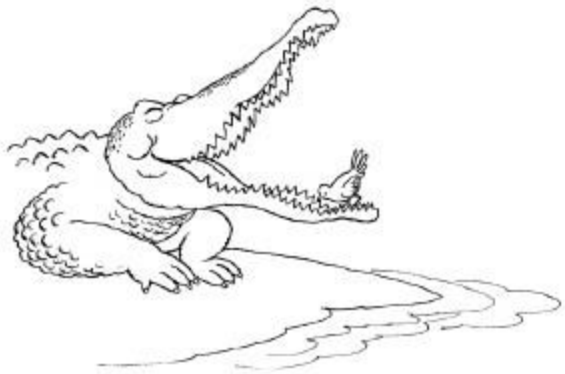
A una señal del pajarito, Cocorí, todo medroso, apartó las ramas y, lentamente, se adelantó por la arenisca caliente hasta quedar a sólo pocos metros del tres veces centenario don Torcuato. La Tortuga, más prudente, se conformó con estirar media pulgada de pescuezo para escuchar mejor.

El Lagarto miró interrogante:

—¿Este Negrito temerario será uno de los peregrinos?

Cocorí tragó el nudo que tenía en la garganta y se decidió por fin a hablar:

—Ilustre don Torcuato —comenzó, recordando el tratamiento que le había recomendado doña Modorra.



—Ejem, ejem —dijo el Cocodrilo, muy de acuerdo con lo de ilustre.

—Quería dirigirme a usted porque sé que siendo tan viejo sabrá todas las respuestas.

El Pájaro, que conocía las pretensiones juveniles de don Torcuato, comenzó a aletear furiosamente para crear una alharaca que no lo dejara oír aquella imprudencia de Cocorí. «¡Por Dios, llamarlo viejo de buenas a primeras!»

—¡Ah!, poderoso don Torcuato, qué espléndido festín tuvo usted hoy —le dijo, zalamero, a pesar de que ya estaba harto de fibras de ranas.

El recuerdo de su banquete le devolvió el buen humor al Cocodrilo, que se relamió y olvidó el poco tacto de Cocorí. Desdichadamente, éste, que no se había dado cuenta de nada, prosiguió:

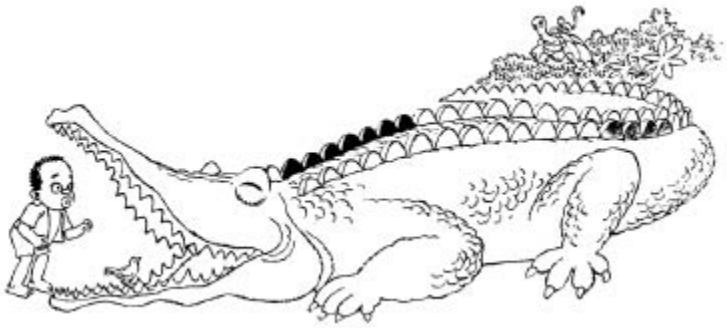
—Por eso vengo a hacerle una pregunta: ¿Por qué mi Rosa vivió tan poco y otros en cambio se cansan de contar las lunas?

Los ojos del Caimán parpadearon extrañados: ¿Cómo podía nadie interesarse por una flor, algo tan insignificante? ¿Para qué servían las flores? ¡No se podían comer! Había que ser tan tonto como una mariposa para quererlas. El había esperado que le preguntaran algo respecto a sus gustos culinarios, a su última pelea con el Toro salvaje, o algún recuerdo de su padre, don Torcuato el Viejo, tan venerable que tenía el recuerdo de cuando llegaron las carabelas de Colón. Pero ¿una flor? ¡Puah!

Cocorí, desconcertado ante el silencio del Caimán, explicó:

—Era tan hermosa, esparcía sólo bondad, y en un día se deshojó. ¡En cambio usted, ya ve todos los años que tiene!

¡Y dale! El Pájaro picoteó desesperado en un colmillo, armando un escándalo de pájaro carpintero, sintiendo que don Torcuato comenzaba a tragar saliva.



¿Cómo podía este gusanillo impertinente compararlo a él, don Torcuato, el Lagarto, con una flor? ¡Ni con nada! Era ya demasiado.

—Y usted sabe —proseguía el atolondrado Cocorí— que a usted no le tienen miedo nada más que por atropellador..., es decir... —Quiso atenuar la impresión dándose cuenta de que había ido un poco lejos.

La tarasca terrible se cerró con un estruendo de dientes rechinantes. El ruido rodó como un trueno río abajo. El Pajarillo, pi, pi, pi, alcanzó a ponerse a salvo, dejando dos o tres plumas entre las tremendas mandíbulas.

Cocorí comprendió por fin que era hora de escabullirse en dirección a los árboles que veía ahora tan distantes. Ya la Tortuga había emprendido una prudente retirada y comenzaba a alcanzar los primeros matorrales con la lengua afuera. Desde allí le gritó:

—Escápate, Cocorí.

El Caimán se lanzó recto como una jabalina contra los talones del Negrito. El playón le aparecía interminable al pobre Cocorí.

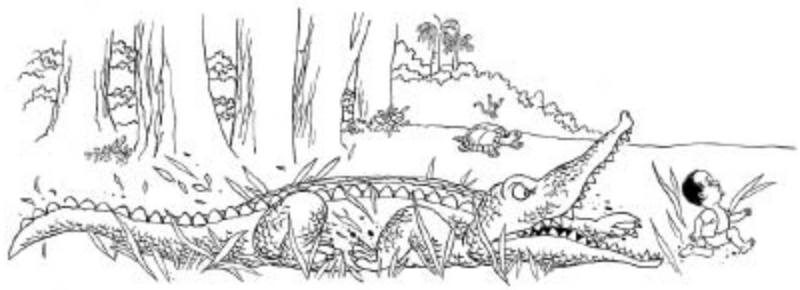
El Caimán gana terreno. Dos alacranes apuestan doble contra sencillo a que se lo come, y el Pájaro piensa:

«Pobre Cocorí, tiene la carrera perdida».

A doña Modorra el terror la paraliza. Está hecha una gelatina de miedo dentro de su concha. Pero, dominándose, por el amor a su amigo, le grita:

—¡Cocorí, no corras en línea recta, porque te alcanza! ¡Corre haciendo círculos!

El Negrito comprende el consejo salvador y comienza a ejecutarlo. Torciendo siempre, va describiendo una espiral sobre la arena del playón.



Don Torcuato cede terreno, porque si en las rectas corre como un caballo al galope, en cambio, para darse vuelta le estorban su enorme armazón y sus vértebras torpes.

Cocorí gana terreno. La espiral se va ampliando y termina por perderse entre los grandes árboles. En ellos está a salvo. Cocorí ha vencido.

Se reúne con doña Modorra con el corazón latiendo desordenadamente.

—¡Cocorí, de la que te has escapado!

—¡Qué bárbaro! —tercia el mono.

—También, qué idea la de ir a hablarle de sus años —pía el Pájaro.

—Qué susto me llevé —explica el Negrito—. Hubo un momento en que sentía el vaho del Lagarto quemándome los talones.

—Ir a decirle que era un viejo chocho —insistió el Pájaro; pero aquí Cocorí, ya repuesto, le salió al paso:

—Es que yo tengo que averiguar por qué mi Rosa vivió sólo un día y otros...

—Cocorí —le cortó ya un poco severa la Tortuga—. Yo no se cómo no te he dado un tirón de orejas. Ya hemos pasado bastantes apuros por tu preguntita y lo mejor será que nos devolvamos.

—¡No, por lo que más quiera, doña Modorra! Por lo menos, visitemos a Talamanca la Bocaracá.

Al Pájaro, al oír este nombre, se le

puso carne de gallina.

—Es la más vieja de las serpientes —continuó el niño—, y nos podrá explicar por qué el mundo anda patas arriba.

—No te apures, hijo mío —dijo la Tortuga al ver que la desolación adelgazaba el rostro de su amigo—. ¡Iremos a ver a Talamanca!

Al oírla Cocorí salta de contento y atrapa al Tití, que trataba de escabullirse como quien no quiere la cosa.

—¡Adelante! —grita el Negrito.

Y con la seguridad de que ése sería su último esfuerzo, doña Modorra se pone en camino.

LAS ABEJAS BAILAN CON UNA FLAUTA



Mientras tanto, en el pueblo, mamá Drusila andaba desesperada. Hacía dos días había desaparecido Cocorí sin dejar rastros.

¿Se habría ahogado en el mar? ¿Se lo habría comido el Tigre Manchado? Estas y muchas otras preguntas fúnebres se hacía la Negra. Por último decidió consultar a sus vecinos:

—Pescador Viejo, ¿tienes alguna idea de adónde pudo haber ido Cocorí?

El Pescador dio una chupada a su cachimba y trató de animarla:

—No te apures, comadre Drusila; debe estar con el Campesino.

Pero fue donde el Campesino y éste le dijo:

—No lo he visto desde hace muchos días. Con ese Titi de los mil diablos no puede haber ido a ningún sitio recomendable.

Como su última esperanza, Drusila corrió donde el Negro Cantor. Lo buscó primero en las rocas, en los zarzales, en el bosque de tricopilias. Por fin lo encontró de espaldas entre el monte, con un enjambre de abejas revoloteando en torno a su flauta, que emitía los sonidos más dulces.

—Negro Cantor, ¿has visto a Cocorí? El Negro sacudió la saliva de su flauta, se incorporó sobre un codo y contestó:

Cocorí busca la Rosa,
la Rosa en el viento está,
y con las rosas del viento
nunca se debe soñar.

—No me vengas con majaderías en verso —bramó furiosa mamá Drusila, dando pataditas en el suelo—. Dime si has visto a Cocorí, y si no, déjame tranquila... —y la pobre Negra soltó el llanto.

El Cantor le tuvo lástima y se puso serio. Silbó en su flauta tres notas:

—Sol, mi, do.

—Si, fa, re, mi —le contestó un yigüirro.

Y entonces, volviéndose a mamá Drusila, le dijo solemnemente:

Cocorí marcha por la selva con dos amigos. Uno de los amigos tiene una enorme joroba jaspeada. El otro... —volvió a silbarle al Yigüirro y, cuando éste le contestó, prosiguió—: el otro se cuelga con la cola de las ramas. Pero ahora, ¡atención! Cocorí se acerca a una culebra.



—La culebra lo quiere comer,
Talamanca la Bocaracá.
¡Sucurú, sucurú,
sucurú, curutá!
¡Crótalo, que no lo comas,
y la culebra se va!

Cuando terminó, se dejó caer al suelo. El sudor perlaba su frente y a mamá Drusila le temblaba la quijada y se le había puesto reseca la lengua.

—Y ¿qué podemos hacer, Negro Cantor?

—Cantar —le contestó, seguro de la eficacia de su conjuro. Y, tomando de nuevo la flauta, comenzó a congregar otra vez a las abejas en torno al

hilo de miel de su melodía.

Fue incapaz mamá Drusila de arrancarle ninguna otra confesión, y casi segura de haber perdido para siempre a su Negrito, volvió hacia su casa con la cabeza baja. El dolor en su pecho, ardiente como una zarzamora, le arañaba todas las fibras de su alma.

EL PELIGRO ONDULA EN LOS ÁRBOLES



El Pájaro se despidió cariñosamente y se dirigió a continuar prestando sus servicios de dentista al Caimán.

La selva continuó abriéndose ante nuestros tres amigos. Por todas partes descubrían pavorosos secretos. Escorpiones que retorcían sus tenazas y corrían a esconderse debajo de las piedras, gusanos venenosos arrastrando sus emes por las ramas y, entre las raíces, el rayonazo verde de las lagartijas.

Tomaron del agua recogida en los cálices de las flores, porque en los charcos se cubría de una nata verde de légamo. Sólo alegraban los sentidos los quetzales con la catarata multicolor de sus colas y la sinfonía de los pájaros que piaban en las copas.

Pero la prudencia de doña Modorra, la agilidad del Titi y la decisión del Negrito les fueron allanando el camino. Aunque no escasearon las aventuras.

En la tarde descubrieron un panal de miel. Las avispas zumbadoras habían hecho su casa en un tronco ahuecado por el rayo y un hilo rubio goteaba hasta el suelo.

—¡Qué rica miel! —comentó goloso el Titi, y largo rato estuvo con la lengua estirada, recogiendo el chorrillo delicioso.

Siguieron adelante hasta que descubrieron la ausencia del monito.

—Qué diablura estará haciendo ahora —comentó la Tortuga.

—Yo lo vi devolverse —apuntó Cocorí—, como si hubiera olvidado algo.

Y siguieron el camino sin preocuparse más, porque el mono siempre les daba alcance.

Pero un ruido lejano que crecía por momentos los hizo detenerse. ¿Qué sería aquello? Un chillido que cortó la selva les pareció familiar.

¡Y ahí va el Tití como una exhalación, saltando, con los ojos desorbitados y las manos en la cabeza! Un vendaval de avispas lo rodeaba con su zumbido atronador.

Doña Modorra y Cocorí comprendieron el triste percance de su goloso amigo y oyeron el chapoteo cuando se lanzó de cabeza en una poza.

—¡Splashssh!

Merecido se lo tiene, la codicia rompe el saco —comentó la Tortuga.

Y cuando más tarde se les reunió, traía una cara tan divertida, toda mofletuda con las picaduras, que se tentaron de risa y desistieron de regañarlo. Seguro que no olvidaría con facilidad la lección.



La selva se fue haciendo más y más impenetrable. Llegó un momento en que dejaron de escuchar los cantos de los pájaros que los habían acompañado todo el camino.

—Estamos llegando —dijo la Tortuga, y un temblor le quebró la voz a su pesar.

—¿De veras? ¿Y cómo lo sabe? —preguntó Cocorí.

—Porque en estas tierras no se aventuran los pájaros.

—Pero si los pájaros vuelan, ¿cómo pueden temerles a las culebras, que con dificultad se arrastran por el suelo?

—Porque la culebra los mira fijamente con sus ojos de vidrio acuoso y los comienza a atraer.

Y la Tortuga explicó a sus asombrados amigos que los pájaros, ante esa mirada hipnotizante, sienten que las alas se les paralizan y comienzan a acercarse como sonámbulos. La culebra no hace otra cosa que mirarlos, vibrando su lengua viperina entre las fauces. El pájaro salta de rama en rama, siempre acercándose, sin poder apartar la vista, hasta que se va de bruces en la bocaza abierta.

—Por eso, por si acaso —terminó sentenciosamente doña Modorra—, lo mejor es no mirarlas de frente.

Me está dando miedo —dijo Cocorí, a quien los dientes ya le castañeteaban como una matraca.

Los árboles, vacíos del canto de los pájaros, mecían sus ramas emitiendo lúgubres sonidos con el viento.

—Chiss, chass, chiss, chass —gemía el penachón de una palmera deshabitada. Y el clamor de los grillos había ido creciendo y era ya casi intolerable.

—No, no tengas miedo —dijo la Tortuga, tranquilizándolo—. Hay un sortilegio contra las culebras. Vamos a aprenderlo todos y lo diremos con gran fervor. Hay que poner toda el alma al decirlo para que surta efecto. Entonces no correremos ningún peligro.

El Titi tenía un gesto de pánico que daba lástima; los ojos se le habían hundido, la nariz perfilada y, bien sujeto de los pantalones de Cocorí, miraba temeroso a uno y otro lado.

Doña Modorra recitó lentamente:

—La culebra me quiere comer,
Talamanca la Bocaracá.
¡Sucurú, sucurú,
sucurú, curutá!
¡Crótalo, que no me coma,
y la culebra se va!

La selva se fue haciendo todavía más obscura. En esos contornos ya no llegaba al suelo ni un solo rayo de sol. La tierra, pantanosa, ofrecía grandes dificultades a doña Modorra, que a cada rato se atascaba.

—Vamos, Titi, un esfuerzo.

—Una, dos...

—¡Ya! ¡Jum!

Y pujaban con todas sus fuerzas para ayudarla a despegarse.

¡El Negrito se estremeció! La mano se le quedó paralizada agarrando algo frío que crujía entre sus dedos. Volvió a mirar, revolcando los ojos en las órbitas con el espanto de ir a encontrarse con una víbora en el extremo del brazo y vio un cilindro transparente y calcáreo.

—No te asustes tanto; es la piel que las víboras mudan dos veces al año —explicó la Tortuga.

Y el color volvió a las mejillas de Cocorí, que se había puesto ceniciento con la palidez.

Ahora fue el monito el que dio un alarido. Al saltar de una rama a otra sobre su cabeza, el verde resorte de una cascabel le había hecho cosquillas en la nuca.

En la obscuridad se divisaron numerosos animalillos fosforescentes. Las luciérnagas prendían sus dos faroles amarillentos y en la cola del cocuyo brillaba una luz azul dibujando espirales por el aire.

Comenzaron a menudear las víboras. Enredadas en racimos o arrastrándose gordas, abrazadas a las ramas con sus anillos.



El Tití no cesaba de repetir, con la lengua suelta como un trapo:

—Sucurú, sucurú, sucurú, sucurú...

Y no terminaba nunca de decirlo, trastrocándolo todo.

Pasaron un riachuelo y, por un enorme tronco inclinado, vieron arrastrarse majestuosa, luciendo su piel jaspeada, la culebra más grande que hasta entonces habían visto. Durante un largo rato desfilaron sus anillos:

delgada en la cabeza, se engordó monstruosamente en la panza y volvió a aguzarse al final en tintineantes cascabeles.

—Triquitrac, triquitric —fue el ruido de castañuelas que quedó en el aire.

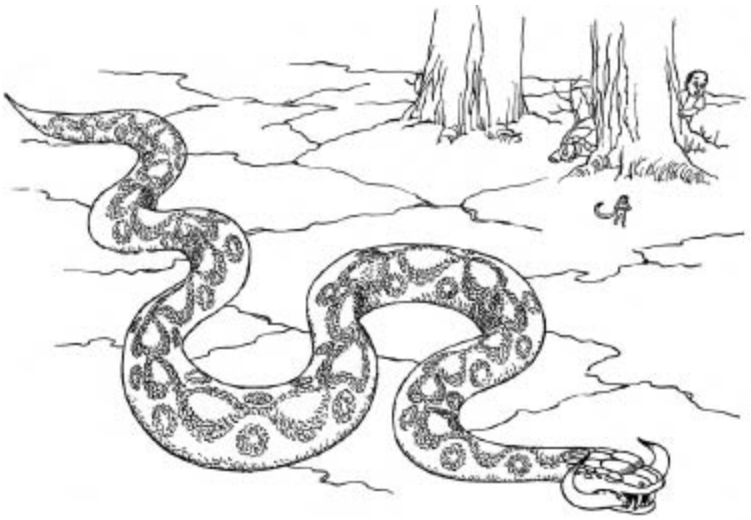
A Cocorí se le fue el estómago a la garganta:

—Talaaamaaanca, dooooña Modorraaa, Talaman-caaa, la Bocaraaaracá.

—No, cómo se te ocurre —le corrigió la Tortuga, que a causa de tanto contratiempo estaba más filosófica que nunca—. Si ésa es una cualquiera. Es doña Crótalos. ¡Ya verán cuando veamos a Talamanca!

Y las imaginaciones del monito y Cocorí se poblaron de tinieblas más densas que la selva que cruzaban.

TALAMANCA LA BOCARACÁ



Las hierbas comenzaron a ralear. La tierra aparecía más descarnada entre los troncos que se alzaban mudos de pájaros sobre un suelo arrasado. En la tierra reseca, sin la alfombra de verdura, las pisadas repercutían en el silencio impresionante:

—Toc, toc, toc.

Al Titá ya no le parecía suficiente el conjuro y enredaba los dedos en signos cabalísticos. Si salía con vida de esto, no volvería a alejarse de sus cocoteros.

—¿Por qué tanta desolación? —preguntó Cocorí, que ya ni respiraba de nerviosidad.

—Nos acercamos —susurró doña Modorra, y ante el gesto interrogante del negrito, prosiguió—: Donde Talamanca la Bocaracá se arrastra por la selva la yerba no crece más. Por eso, cerca de su nidal todo es devastación y ruina.

De improviso la selva se abrió en un claro enorme: sin una sola brizna de yerba, sin un solo matorral, ni siquiera un arbusto. En una superficie gigantesca, pelada y árida, reposaba Talamanca la Bocaracá.

Los tres amigos se detuvieron amparados detrás del último árbol que avanzaba como un centinela en el claro donde Talamanca tenía su cubil. Desde allí la contemplaron en silencio.

—Es más gruesa que el tronco de un roble —articuló por fin el Negrito.

—Chist, chist —lo hizo callar el Titá, desesperado de que pudieran delatarse.

—Es como el río que ondula por el llano y se pierde en la lejanía —repitió Cocorí, hipnotizado.

El Tití se tiró al suelo y escondió la cabeza entre sus largos brazos, que le anudaron el cuello. ¡Qué imprudente! Con un coletazo Talamanca los lanzaría hasta el mar.

Hasta la impasible Tortuga dejaba ver una expresión de estupefacción.

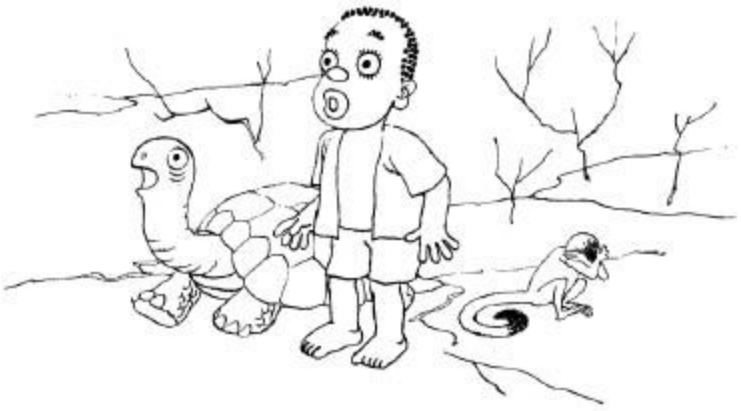
—En todos mis años no he visto nada igual.

Mucho rato estuvieron contemplando el enorme cuerpo zigzagueante del cual no alcanzaban a ver la cabeza, perdida en lontananza.

Pero Talamanca no se movía.

El Tití fue sacando la cabeza poco a poco de entre los brazos y, más tranquilizado con la quietud de la serpiente, terminó por erguirse junto a Cocorí.

Esperaron mucho rato, sin osar aventurarse en el terreno desolado donde no tendrían la escasa protección de los pocos árboles que los rodeaban. ¿Y si Talamanca se enojaba? ¡Oh, mejor era no pensar siquiera en eso!



Al fin el miedo de Cocorí se atenuó con la impaciencia.

—Pero, ¿qué le pasa a la Bocaracá? —¿No estará dormida? —sugirió doña Modorra.

Y por asociación de ideas bostezó tanto que casi se safa la quijada, lo que era insólito en una tortuga tan bien educada.

Al amanecer, continuaban allí y decidieron mandar al Tití de explorador. Podría orillar el claro a través de los escasos árboles para contemplar más de cerca la cabezota del monstruo.

—¡No, yo no quiero ir! No tengo ninguna curiosidad de verle la cabeza.

Discutieron mucho rato y por último lo obligaron a empellones. Refunfuñando, se alejó entre los árboles.

—¡Grrr!, sí, claro, como ellos se quedan en lugar seguro.

En la tarde regresó muy agitado. La Tortuga perdió toda su compostura y se abalanzó a preguntarle:

—¿Qué hubo? ¿Duerme? ¿Está haciendo la siesta? ¿Le viste el rostro? ¿Tiene gesto colérico?

El Titi comenzó a darse importancia, hasta que por fin aclaró solemnemente:

—La cabeza de Talamanca reposa dormida. Por la boca abierta le salen dos cuernos.

—¡Ay, dos cuernos!

—¡Una culebra con cuernos!

—Debe ser un dragón.

—Vámonos.

—Corramos.

Pero el Titi había tenido buen cuidado de preguntar a la reina de un hormiguero de los alrededores, la cual le había explicado:

—No son cuernos de Talamanca. Es que ayer se comió un toro a la hora de la merienda. Se lo tragó de un solo bocado y, como los cuernos no le cupieron por la boca, le quedaron de fuera.

—¡Qué horroroso!

—Sí —dijo el Titi, tomándose la barbilla—. Es algo muy impresionante.

La Tortuga se dio cuenta de que se había excedido en sus transportes de entusiasmo y recuperó su tono. Entrecerró los ojos y trató de recordar sus conocimientos, heredados a través de las pocas generaciones de tortugas que habían corrido tierras desde que el mundo es mundo.

—Ya recuerdo —entonó, catedrática—. Tendremos aquí para rato.

Pero, ¿por qué, doña Modorra? —interrogó Cocorí.

—No se despertará mientras no digiera su almuerzo.

—Oh, bueno, si es sólo una siesta —dijo el Negrito, encogiéndose de hombros.

—Pero esas siestas duran semanas —aclaró doña Modorra.

Cocorí abrió los ojos desesperanzado:

—¿Semanas?

—Y algunas veces hasta meses.

Fue como un balde de agua helada para Cocorí, y otra vez la idea de la siesta contagió a su vieja amiga:

—¡Ah, que sueño teeengo! —dijo desperezándose—. No nos queda más remedio que esperar.

—¿Y si se despierta?

—No temas, no hay cuidado —contestó la Tortuga—Y si tú me lo permites, yo... voooy... a... dormir... un... —Y, sin terminar la frase, doña Modorra recogió el pescuezo, se encerró en su carapacho y se quedó más dormida que una piedra.

Cocorí le tocó con los nudillos en la espalda:

—¡Tun, tun!

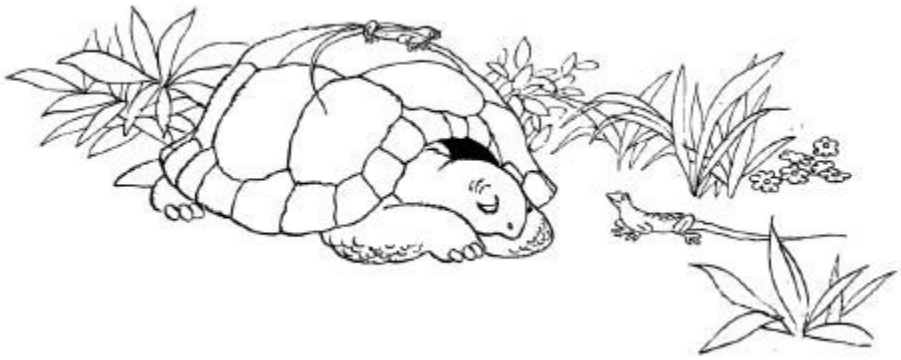
Pero ya la otra estaba en el quinto sueño. Entonces se sintió más desanimado que nunca ahora que sólo tenía por compañero a ese cabeza hueca del Titi.

Pasado un rato, de puro aburridos comenzaron a salir al claro hasta que terminaron por quedar junto a la cola de Talamanca.

Las enormes escamas aparecían gastadas por los años y se le veía la piel algo descascarada.

¡Cuantísimas coyundas sacaría el curtidor de ese cuero! —pensó Cocorí.

Bordearon la cola y cuando llegaron a la altura del enorme vientre, el Negrito se detuvo impresionado:



—Qué desgracia no poder plantearle mi problema —comentó con el mono—. Una persona con un vientre tan majestuoso y un sueño tan satisfecho, tiene que ser muy importante. El Titi tomó confianza y se encaramó al lomo, continuando su recorrido por arriba. Así llegaron hasta la cabezota, dos cuadras más allá, chata y maligna.



El monillo comenzó a hacer cabriolas en uno de los cuernos. Luego le levantó un párpado con gran esfuerzo, pero los ojos en blanco lo terminaron de convencer de que ningún ruido sería capaz de despertarla.

—¡Ni que reventara un trueno junto a sus oídos!

Por fin se bajó deslizándose como por un tobogán.

Llegó la noche, salió el sol, de nuevo aparecieron las estrellas entre los árboles. Cocorí espiaba a doña Modorra a ver si daba señales de vida. Se sentía ya cansado. Recordaba a mamá Drusila, que no sabía de él hacía tantos días, y las lágrimas le corrieron a raudales pensando en el tibio amor de la Negra.

Al tercer día doña Modorra comenzó a dar señales de vida. Se agitó su carapazón. Media hora después entreabrió un ojo. Lo cerró de nuevo. Se volvió de costado y abrió el otro ojo. El Negrito y el Titi la contemplaban ansiosos. Por fin se desperezó.

—¡Aaaaah, qué pesadilla tuve! Soñé que estaba en los dominios de la Bocaracá. Pero, ¿qué es esto? —La visión del paisaje la volvió a la realidad y, de puro susto, quiso esconderse de nuevo para seguir durmiendo.

—No, doña Modorra, ya no duerma más. Desde el lunes estamos esperándola y mañana es domingo —protestó compungido Cocorí.

—Estamos muy aburridos —agregó el monito.

—¿Cuánto tiempo faltará para que despierte Talamanca?

—Vamos a ver —repuso la Tortuga, y dirigiéndose donde reposaba el vientre de la culebra, tomó varias medidas, calculó, contó con los dedos y al fin dijo—: Por la hinchazón de la panza falta muchísimo. ¿Y si después de esperar nos resulta como don Torcuato? —terminó, ya que desde esa aventura había quedado muy escéptica acerca de la sabiduría de los grandes y algunos prestigios injustos que reinaban en el bosque.

Cocorí no se resignaba a renunciar a su empresa.

—¿No te gustaría darte un buen baño de mar?, ¿o ir a ver a tu mamá? —preguntó insidiosa la Tortuga, pensando para sus adentros que ya era tiempo de que naciera la nidada de tortuguitas que había dejado empollando al sol.

—Claro que sí —le contestó Cocorí infantilmente.

—Entonces vámonos.

El Titi chilló feliz:

—Sí, sí, vámonos.

En el interior del Negrito se produjo una batalla. ¿Irse, quedarse? Si se iba, ¿quién podría resolverle su pregunta? Talamanca había sido la última esperanza. ¿Que hacer, ¡ay!, que hacer?

Se daba cuenta clara de que sus amigos estaban ansiosos de regresar a su pacífica vida de antes. No podía abusar de ellos. Por fin se declaró vencido:

—Vámonos —aceptó suspirando. Y la tristeza plegó sus alas grises sobre su corazón.

SUS EDADES SON HORAS EN UN DÍA



Con la misma apetencia con que los caballos vuelven a su pesebre, la Tortuga marchaba de regreso con un trotecito anheloso que no podía disimular. El Titi, descaradamente contento, iba silbando con las manos agarradas a la espalda. Sólo Cocorí se veía muy alicaído. Siempre rezagado, no podía olvidar que su Rosa había muerto en un día y que, en cambio, esos seres que viven centenares de años arrastran una existencia sin sentido. Era una espina que no se podía arrancar.

Salieron de la tierra de la Serpiente, orillaron de nuevo los dominios del Jaguar, demarcados por un olorcillo a almizcle, inconfundible, y dando un largo rodeo evitaron cuidadosos la Laguna de los Caimanes.

—Podría reconocernos don Torcuato —recordó prudente la Tortuga—, y es muy rencoroso.

Al día siguiente gastaron toda una mañana por culpa del Titi.

Alegre con la idea del regreso, venía adornándose con flores multicolores la cabeza y ya se había tejido una guirnalda que, colgada del cuello, le arrastraba al andar. Al ver una mariposa aterciopelada se lanzó a correr detrás de ella.

—Me la pondré sobre la cabeza como un lazo. —Además recordó que el gusanito de la mariposa era un exquisito manjar.

Salió a la carrera siguiendo el caprichoso vuelo del insecto, pero éste fue a desaparecer en un hueco, junto a un árbol. El Titi, empecinado en su cacería, metió la cabeza por la estrecha abertura. ¡Buen castigo sufrió su

testarudez! Era ésa la madriguera de un zorro hediondo que apestó de mal olor al pobre monito.

Cuando el Tití regresó, llevaba una cara tan larga que doña Modorra le preguntó:

—¿Qué nueva calamidad te ha pasado?

Pero no necesitó la respuesta.

—¡Uf! —y con ambas manos se tapó la nariz.

El Tití los miraba con profundo desconsuelo. Ni él se podía resistir.



—¿Qué hajemoj, oña Bodorra? —preguntó Cocorí con la nariz apretada entre las manos.

La Tortuga indicó una poza y el monito se alejó para proceder a una concienzuda limpieza. Pero a su regreso todavía apestaba.

Doña Modorra buscó tricopilias y orquídeas y las exprimió sobre el monito, pero el perfume naufragaba en el mal olor.

Le dieron fricciones con orégano, perejil, albahaca y todas las yerbas olorosas que pudieron encontrar. ¡Llegaron al recurso final de fregarlo con floripondio y por fin lograron dejarlo tolerablemente inodoro!

A la tarde prosiguieron el camino. Fue quedando atrás la selva espesa y llegaron a las márgenes del río. Con la proximidad de sus hogares hasta el abatimiento de Cocorí se atenuó. Pero era triste volver derrotado. Prosiguieron por la orilla del río y al llegar a la cascada divisaron a alguien. Al reconocer al Negro Cantor el desaliento de Cocorí estalló en sollozos.

—¡Ah, Negro Cantor, qué desgraciado soy!

—Pero, ¿qué te pasa, Cocorí? Tu mamá ha andado loca buscándote.

El llanto no le dejó contestar.

—Cuéntame —insistió el Negro con amable bondad.

—¿Te... acuerdas... de... mi flor? —sollozó por fin.

—¿La Rosa que te dio la niña rubia?

—Síií, la que no esperó mi regreso —y una nueva explosión de pena le cortó la palabra.

—Tranquilízate, Cocorí —lo animó el Cantor, conmovido, y le hizo cariño en el pelo.

—Pero ¿por qué, Negro Cantor, si mi Rosa era linda y buena, por qué tuvo una vida tan corta?

—Te engañas, Cocorí —sonrió el Cantor con un relámpago de dientes blancos—, no fue una vida corta.

—Si ya te lo dije, vivió un día. Y ahí tienes a don Torcuato y a Talamanca hinchados de tiempo.

El Cantor acomodó al Negrito sobre sus rodillas:

—¿No viste que tu Rosa tuvo una linda vida? —le preguntó—. ¿No viste que cada minuto se daba entera hecha dulzura y perfume?

—Oh, sí, ¡cómo me llenó de felicidad!

—¿Qué es la vida de Talamanca la Bocaracá, que se arrastra perezosa asolando todo a su paso y durmiendo largas digestiones? ¿Y don Torcuato, bilioso por el poder de su vecina, que se desquita haciendo daños a su alrededor?

Cocorí se estremeció ante el recuerdo.

—¿Tu crees que eso es vivir, Cocorí? Dormitar al sol rumiando pensamientos negros y malvados. ¿No ves que tu Rosa tuvo en su vida luz, generosidad, amor, y estos otros nunca los han conocido?

Doña Modorra comenzó a asentir violentamente con la cabeza. ¡Eso era, claro, ésa era la explicación que ella había andado buscando!

El Negro Cantor prosiguió:

—Tu Rosa vivió en algunas horas más que los centenares de años de Talamanca y don Torcuato. Porque cada minuto útil vale más que un año inútil.

Cocorí sentía que una luz lo empapaba por dentro.

—¡Es cierto!, por ella salvé yo a doña Modorra —recordó—. Por ella rescaté al Tití y por ella me atreví a vencer la selva —y comenzó a ensanchársele una sonrisa en el rostro.

—¿Así es que se puede vivir mucho en un ratito? —preguntó inocente.

—¡Claro que sí! —le respondió el Negro, contento de que le hubieran entendido—. ¿Verdad que fue una larga vida?

Cocorí miró a su alrededor y vio al aire galopar alegre arrastrando mariposas. La savia subía por el tallo de las magnolias jugosas y se regaba por los prados. Cocorí era feliz.

Y los cuatro amigos, tomados de la mano, comenzaron a bailar y saltar locos de alegría.

—Y ahora a casita —le recomendó el Cantor—, que tu mamá debe estar muy intranquila.

El Titί se despidió y corrió a sus cocoteros a contar sus aventuras. Cuando Cocorí, después de abrazar al Negro y a la Tortuga, pasó por allí, lo oyó, todo importante, exagerando sus aventuras en la selva.

—...entonces le mordí la cola a Talamanca...

Los monillos, a su alrededor, saltaban y alborotaban de excitación. Claro que el Titί se guardaba bien de decir que Talamanca estaba dormida.

La carcajada estrepitosa de Cocorí amoscó un tanto al mono, que en medio del círculo de oyentes tenía una actitud de arrojo y valentía.

Pero Cocorí no quiso descubrir a su amigo y continuó a la carrera. Pasó los matorrales y salió a la playa. Vio que los huevos de doña Modorra ya se habían abierto con el calor de la arena y una docena de tortuguitas estaban aprendiendo a mojarse los pies en la espuma de las olas.

—Ya viene la mamá —les previno, alegre de darles la noticia.



Siguió corriendo por la playa y cuando divisó su choza comenzó a gritar:

—¡Mamá Drusila, aquí vengo, soy yo, Cocorí!

La Negra salió a la puerta limpiándose el rostro con el delantal. De un abrazo alzó a Cocorí hasta quedar su carita junto a la suya.

—¡Mi chiquitito!, ¿dónde estabas, hijo mío? ¿Qué te habías hecho? —Y los besos llovían sobre el rostro del Negrito.

—Ya te contaré, mamá. ¿Sabes? Mi flor tuvo una vida muy larga; me lo explicó el Cantor.

—¿Sí, cómo?

—Dice que tuvo una vida apretada, que en un día vivió más que el Caimán y que Talamanca, porque pasó su vida haciendo el bien.

—¡Ah! es cierto, Cocorí; pero, además, yo te tengo una sorpresa. ¿Recuerdas la rama de la Rosa que quedó en el vaso? Pues ven a verla.

Y de la mano lo llevó al jardín.

Con los desvelos de la Negra, que la había regado día y noche, ansiosa de que cuando regresara Cocorí le sirviera de compañía para que nunca la volviera a abandonar, en el centro del jardín crecía un rosal.



Cocorí podría decir más tarde orgulloso:

—Yo tenía siete años cuando este rosal fue plantado.

Sus grandes rosas rojas se abrían bajo el candente sol del trópico. Y tenían también los estambres del más fino cristal, y esparcían alrededor un aroma sutil, como una nube rosada de encanto.